

**** “Orquesta sinfónica”, ABC (Madrid), 31 de marzo de 1913, p. 11.**

Rebosantes de público las altura —¡Gloria a Dios y al arte en ellas!—, y más poblados palcos y plateas — acaso el nombre de Beethoven fuese un atractivo para la gente que hace cuatro años pidió el aplazamiento de un concierto porque coincidía con un jueves de moda de los títeres del Circo—, y ocupadas casi todas las butacas. Así se ofreció anoche la sala del Real ante el segundo concierto de la Sinfónica. (...)

Abría la tercera parte del programa una composición nueva de autor español, y sevillano por más señas: Joaquín Turina, alumno en París de la Schola Cantorum, donde indudablemente ha bebido en fuentes *debussyanas* y ha experimentado la influencia de los modernismos de d’Indy.

La procesión del Rocío es el poema de Turina, un cuadro de color; pero no pointillé, sino de vigoroso dibujo y de entonación ajustada y brillante. Aires de juerga sevillana, primero; desfile de pito y tamboril, después; soleares, más tarde; el garrotín de un pelmazo saturado de Cazalla; seguidamente, el desfile de la típica y vistosa procesión, escoltada por las ricas carretas trianeras, al que sigue como remate la explosión de la de la fiesta, degenerada en orgía de regocijo y explosión. Con estos elementos ha compuesto el músico sevillano su cuadro seductor como labor de García Ramos. En él hay poesía, ambiente andaluz, olor a jazmines, a incienso y a manzanilla, entre los acordes de la charanga que entona la Marcha Real, las campanas que repiquetean y las voces humanas que rezan y cantan.

La instrumentación es rica y apropiada a la escena. Así lo entendió el público, que aplaudió con sincero entusiasmo, haciendo salir al palco escénico al joven compositor, tributándole una estruendosa ovación y haciendo repetir esta página, que le da título de músico de vibrante inspiración y de instrumentista de grandes vuelos. ANÓNIMO.

**** El Correo (Madrid) ¿?, 1913.**

Otra novedad de la noche fue **La procesión del Rocío**, de Joaquín Turina; composición preciosa, de carácter netamente español, netamente sevillana, primorosamente concebida, coordinada e instrumentada, brillantísima y simpática de color y de vida, y completamente libre de novedades inútiles e ingratas del modernismo francés que a Turina ha rodeado y no ha logrado contagiarle. [¿?].

**** La Correspondencia de España (Madrid), 31 de marzo de 1913.**

La procesión del Rocío es una obra descriptiva en la que se observan aciertos de técnica maravillosos. Es pintoresca, inspirada y tiene poesía y vigor orquestal. R. del C.

**** La Correspondencia Militar (Madrid), 31 de marzo de 1913.**

El acontecimiento de la noche fue la delirante ovación que se tributó al joven compositor español D. Joaquín Turina, por su bellísima composición **La procesión del Rocío**.

Por primera vez figuraba el nombre de este compositor en los programas de la Sociedad, y puede asegurarse que con la primera obra suya se nos ha revelado como un maestro

consumado, de gran inspiración, profundos conocimientos técnicos y un poder sugestivo y descriptivo colosales.

Es la obra del señor Turina una filigrana por los encantadores detalles a que da lugar la tradicional procesión sevillana, que lleva el título de la composición. Espléndida de color y de sabor puramente andaluz, no ha necesitado el compositor recurrir a la oscuridad de los procedimientos modernos para hacer brillar, en todo su esplendor, todos los recursos de la instrumentación.

La alegre poesía de una mañana primaveral, la nota cómica del borracho trasnochador, que jaleándose por la calle inicia un baile de garrotín; la salida de la procesión y la entrada de la Virgen en la iglesia, son cuadros de luz de una magnificencia que asombra.

Turina ha estudiado en París, pero no ha renegado de su patria, donde existen tantos o más que en ninguna otra nación del mundo, aires, cantos y motivos para la escuela sinfónica española.

La ovación que recibió el señor Turina fue formidable, teniéndose que repetir el número en medio de atronadores aplausos tributados al nuevo compositor por el público, por el maestro Arbós y por la orquesta en masa. ANÓNIMO.

**** *Diario Universal* (Madrid), 1 de marzo de 1913.**

El poema sinfónico de Turina gustó mucho y con motivo. En él los temas populares están muy bien tratados y la instrumentación es acertadísima.

Joaquín Turina se muestra en **La procesión del Rocío** como excelente compositor y, sobre todo, como excelentísimo colorista y, su obra, que por los ritmos hubiese podido caer la más prosaica vulgaridad, se libra de ese riesgo y resulta fina, elegante y muy artística. [¿?].

**** “De música: segundo concierto de la Orquesta Sinfónica”, *El Globo* (Madrid), 31 de marzo de 1913, p. 2.**

(...) Dedicaré mi último párrafo al caluroso éxito que alcanzó la obra **La procesión del Rocío**, de nuestro compatriota Joaquín Turina.

Recientemente con motivo de una velada que organicé en el Ateneo, con su concurso, tuve ocasión de presentaros este artista, modesto, trabajador, entusiasta; joven, concienzudamente preparado, y que con dignidad mantiene en París nuestro buen nombre, hoy con Falla, en otro tiempo, con éste y con Albéniz.

Turina fue allá a aprender y ha aprendido; corría peligro de extranjerizarse y no ha caído en ese mal; ha logrado asimilar lo bueno, conservar lo suyo y esquivar, siendo, no obstante, un espíritu moderno, las modernidades morbosas, y eso, que es virtud grande la de no apasionarse por lo que ejerce indudable encanto y a uno le rodea.

Un argumento le ha servido de plan para su composición estrenada anoche; se ha guiado por una serie de impresiones y visiones: la de *Triana en fiesta*, la del paso de la procesión; ¿que dificultad podía tener para ejecutar este propósito, esta composición conforme a este plan persona tan dueña de los recursos de la orquesta, tan familiarizado con los impresionistas, tan sevillano, al mismo tiempo y tan conocedor, por esto, de sus ritmos, de su canto, de su paisaje y de sus costumbres?

Ya sabemos lo muy escabrosos que son esos mismos empeños, para los cuales, si no preside un buen gusto, tino y discreción extraordinarios, se corre el peligro de caer en chabacanerías, extravagancias y colorines de la peor ley. Por fortuna, se puede hablar de **La procesión del Rocío** como de cosa lograda, como de cosa que alcanzó esa ponderación y que fue autocriticada por su autor con toda severidad y con exquisito buen gusto.

Las notas de humorismo –garrotines, etc.– colocadas en ella están colocadas con suma discreción; siendo el cuadro corto, la visión rápida, los contrastes, por tanto, algo bruscos, no resulta la obra monstruosa; aparece, por el contrario, bien hilada; se le halla, pronto la ley. De sonoridad es maestra, pues llega a las más grandes sin barullos ni estridencia, con ser bulliciosa y pintoresca.

Una ovación unánime premió la labor de Turina, el cual salió repetidas veces, tanto después de la primera audición como de la repetición, que fue reclamada con empeño. Le felicito cordialmente. M. SALVADOR .

**** *El Liberal* (Madrid), 31 de marzo de 1913.**

En **La procesión del Rocío** se describe la clásica fiesta sevillana de la entrada de dicha procesión en Triana de regreso de una romería.

Es una composición de mucho color y de gran carácter; muy pintoresca y muy atinada en la idea y en su desarrollo.

La procesión del Rocío, por lo afortunadamente que está desarrollada, por su factura sobria y exacta, revela un compositor de verdadero talento, que está llamado obtener triunfos muy legítimos en el arte lírico. Bien merecía tales demostraciones de agrado aquel joven compositor español del cual hay derecho a esperar mucho. [¿?]

**** *La Mañana* (Madrid), 31 de marzo de 1913.**

La procesión del Rocío es, sencillamente un cuadro sinfónico descriptivo de la clásica fiesta sevillana conocida con ese título; Joaquín Turina que es también sevillano ha combinado diestramente el desarrollo de los temas, haciendo una página de color, de movilidad y muy en carácter con el asunto elegido.

La procesión del Rocío está muy bien instrumentada y el momento más culminante del cuadro, que es el avance de la procesión, con el *crescendo* del tema religioso combinado con la Marcha Real y el repique de las campanas, es de gran efecto. [¿?].

**** *El Mundo* (Madrid), 31 de marzo de 1913.**

Su primera composición orquestal nos lo revela como un maestro de la técnica que consigue en cada instante el color justo de la instrumentación para hacer valer el detalle típico de la invención melódica, trazada con rara firmeza y concebida con desenfadada gallardía. En el cuadro pintoresco que forma la composición estrenada anoche, sorprende la unidad lograda para la composición entera, a través de los elementos heterogéneos que el autor se ha complacido en acumular, formando con ello un formidable cuadro de género, donde el espíritu

regocijado de David Teniers parece resucitar, bajo el cielo sevillano, por singular acierto que pocas composiciones modernas de la misma índole han logrado realizar.

La procesión del Rocío conserva el aroma característico de la canción popular, bajo la estructura armónica modernísima de que la melodía aparece revestida, y entre el pomposo ropaje instrumental, donde los más violentos contrastes de sonoridad y de ritmo no impiden que la obra se desarrolle con unidad sorprendente y como abarcada en conjunto bajo una sola mirada.

El público se dio cuenta desde el primer instante, que se las había con la composición de un maestro, de mano segura y de estilo formado. Manuel MANRIQUE DE LARA.

**** *El Universo* (Madrid), 31 de marzo de 1913.**

En primer lugar ponemos el estreno de una encantadora impresión sinfónica de carácter andaluz, pero que no menguará, fuera de aquí, su carácter de obra española, de colectiva significación, por el hecho de ser una producción regional.

La obra lleva el poético nombre de **La procesión del Rocío**, y su autor es el joven compositor Joaquín Turina.

Se trata de un cuadro de gran fuerza expresiva, de dibujo vigoroso y de color tan vivo como puede tenerlo un cuadro de ambiente sevillano, bajo aquel cielo y bañado por aquel sol...

Pero lo que, a mi juicio, tiene de mejor esta composición es la independencia con que su autor, tan joven, y formado definitivamente en un ambiente artístico peligroso para los imitadores, ha sabido mover su pluma al confiar a la orquesta su impresión personal, y esto lo mismo al planear su construcción que en lo tocante al procedimiento.

El acierto preside el empleo de los recursos orquestales más modernos en **La procesión del Rocío**, y sólo, con un gran dominio de ellos y de las dificultades contrapuntísticas, se puede salir, como Turina, airoso del episodio culminante de esta composición, de una realidad viva y luminosa, y de poesía innegable, que depura elementos de cuya intervención poco discreta, es decir, poco artística, se hubiera seguido un grave daño para el prestigio del poema. La deducción es esta: Turina es un notable compositor, un poeta, un artista. Como español, estamos de enhorabuena.

El público aplaudió con gran entusiasmo a Turina, el cual dio las gracias desde el proscenio; la obra se oyó dos veces, con verdadero deleite, y sin que perdiese el auditorio detalle alguno, y advirtiéndose en él la emoción con que los iba percibiendo, desde las briosas seguidillas con que comienza la moruna y misteriosa melopea del tamborilero y la triunfante explosión de fe, de luz y de alegría que acompaña el ingreso del cortejo religioso de la Virgen del Rocío en el templo.

Juntos suenan allí el himno real, la oración, la copla popular, el repique de las campanas... El corazón añora dulces recuerdos de la infancia; todo ello resuena en el corazón. Y..., se aplaude, como anoche se aplaudía. WEM (Víctor ESPINÓS).

**** *El Correo Español* (Madrid), mayo de 1913.**

Había extraordinario interés en oír por vez primera **La procesión del Rocío**, poema sinfónico del joven compositor Joaquín Turina. El éxito más grande, más ardoroso y más unánime siguió a la ejecución de la obra.

El asunto elegido por Turina es una clásica fiesta de Sevilla, como indica el título de la obra. Es un cuadro de fuerte colorido. La línea melódica franca, decidida, espontánea, aparece inconfundible en medio de las ondulaciones varias y diversas, como varios y diversos son los temas empleados. La factura es sobria, elegante, clásica. ¡Oh, cuanto me acordaba de Albéniz!

Este joven Turina es hoy uno de los artistas más grandes que tenemos. Por este camino se llega a la formación de una escuela sinfónica española. C.

**** “Movimiento musical de España y el Extranjero”, *Revista Musical* (Bilbao), nº 5, 1913, p. 125.**

Los que han leído las crónicas de nuestro corresponsal en París y hayan sonreído ante las donosuras de su prosa, no extrañarán ver trasladada esta donosura a sus composiciones musicales. **La procesión del Rocío** es, ante todo, una obra donosa, una obra ágil, suelta, ligera, movida con desembarazo, exenta de pedantería y de ostentación escolástica. Sólo aquella manera de empezar con sus irresistibles sevillanas, cuando el oyente espera algo tan distinto, en vista del título de la composición, es ya una trouvaille.

Pero, además, hay en esta obra, que tan bien pinta el fondo pagano de la religiosidad de las clases populares andaluzas, un título poético que sobrepone a la simple descripción.

Todo es acierto en esta obra, desde la elección del asunto hasta los detalles de la orquestación, magistral ésta y sorprendente, si como creemos es la primera que Turina realiza.

Turina ha usado de la yuxtaposición de motivos con extrema mesura y prefiere, en general, presentarlos sucesivamente, pasando de uno a otro con transiciones tan inesperadas como graciosas. Ignacio ZUBIALDE (pseudónimo de Juan Carlos GORTÁZAR).

**** *Le Courier Musical* (París). Crítica del estreno en la Sala Gaveau de París, el 24 de mayo de 1913.**

La procesión del Rocío, de Turina, obra rica en ritmos, luz y orquestación, se ha ofrecido, como todas las de su autor, muy fiel a ese pintoresquismo que Albéniz poseía en tan alto grado y con incomparable esplendor. [¿?].

**** *Le Monde Musical* (París). Crítica del estreno en la Sala Gaveau, de París el 24 de mayo de 1913.**

El señor Turina acaba de dirigir su pintoresca **Procesión del Rocío**, de gran colorido y de buena sonoridad. Se trata de una fiesta en Triana, con seguidillas, soleares y la melodía popular de un garrotín interpretado por un borracho; después la procesión que desfila y entra en la iglesia bajo el ruido de cantos y campanas. Todo ello tiene lugar por la noche.

La música de Turina es descriptiva, casi exclusivamente, pero vigorosa y exenta de monotonía. [¿?].

** [¿?. ¿?]

Joaquín Turina nos dio a conocer en la Orquesta Sinfónica **La procesión del Rocío**, un cuadro andaluz, con mucho color, con mucha vida, muy rico de armonía, de brillante y apropiada instrumentación y que nos daba la sensación exacta de aire libre, de pueblo, de fiesta, de bullicio, de alegría y de luz.

El único reparo que nos atrevimos a poner a esa magistral página, fue el que siendo muy española, muy andaluza, más aún, muy sevillana, está vestida a la francesa y en verdad que esas galas ajenas, si bien la embellecen dándole un sello de algo nuevo, hace que en el fondo, no la podamos considerar como *nuestra* absolutamente. [¿?].

** ***La Liberté (París).***

Entre las primeras audiciones es preciso destacar **La procesión del Rocío** de Joaquín Turina. Es mi deseo volver a encontrar en nuestros conciertos de los domingos esta excelente obra de clara y brillante instrumentación que aún siendo descriptiva no deja de ser musical, y cuya fuerza y colorido, tan naturales, se apartan de toda vulgaridad. Una obra de auténtico artista. [¿?].

** **“La procesión del Rocío”, *Revista Musical Hispanoamericana (Madrid) junio de 1914.***

Es una hermosa nota del color la obra de Turina, y al decir nota de color, es preciso añadir para no dar de ella una idea falsa, que es, al propio tiempo, una obra equilibrada, medida, bien pensada y realizada.

La evocación del cuadro que describe no puede ser más justa. Aquel acercarse de la procesión al son de la típica melodía de la flauta ritmada por el tamboril, que crece del elemento orquestal y aquel llegar al momento culminante en el cual se funden el elemento religioso y el popular y suena la Marcha Real y echándose las campanas al vuelo; he aquí una página descriptiva que se impone con recursos de buena ley y provoca el aplauso. V. M. de GIBERT.

** ***Lira Española (Madrid), 15 de octubre de 1914, p. 7.***

La procesión del Rocío [es] un cuadro andaluz, con mucho color, con mucha vida, muy rico de armonía, de brillante y apropiada instrumentación y que da la sensación exacta de aire libre, de pueblo, de fiesta, de bullicio, de alegría y de luz.

El único reparo que nos atrevimos a poner a esa magistral página, fue el que siendo muy española, muy andaluza, más aún, muy sevillana, está vestida a la francesa y en verdad que esas galas ajenas, si bien la embellecen dándole un sello de algo nuevo, hace que en el fondo, no la podamos considerar como *nuestra* absolutamente. SILVIO.

**** “Joaquín Turina”. Programa del concierto de la Orquesta Filarmónica de Madrid; 16 de febrero de 1917.**

La procesión del Rocío es una de las obras más celebradas del joven compositor andaluz. Este cuadro sinfónico lleno de carácter y de color, describe, como se sabe ya, una clásica fiesta de Sevilla. Después de unos días de romería a una ermita, entra en Triana todos los años, por el mes de junio, la Procesión del Rocío. Va precedida por un tamborilero que tañe, al propio tiempo, una rústica flauta. Siguen los cofrades a caballo con varas y estandartes, después el simpecado con la Virgen en una carreta de plata tirada por bueyes, una banda y ocho o diez carros más con las principales familias de Triana en bulliciosa alegría. ANÓNIMO.

**** *L'essor de la musique espagnole au xx siècle*, París, 1929..**

... A este mismo periodo pertenece **La procesión del Rocío**, obra que hoy día interpretan todas las orquesta del mundo alcanzando la misma popularidad que Catalonia de Albéniz.

En el mes de junio de cada año, la procesión del Rocío, en la que participan carrozas de las más importantes familias de la ciudad, hacen su entrada en Triana en homenaje a la Virgen María, en ella van el estandarte y la música rodeada de una vistosa cabalgata, sobre un paso de plata arrastrado por Bueyes.

Triana en fiesta: las soleares suceden a las seguidillas, un borracho entona una garrotín, siendo interrumpidos estos aires de danza por la llegada de la Procesión que anuncia la flauta y el tambor; el tema religioso, varias veces expuesto resplandece triunfalmente, mezclado con los compases de la Marcha Real y el toque a pleno vuelo de las campanas. En ese momento reaparecen las danzas y los cantos de fiesta, mas pronto empieza a decrecer el rumor hasta desaparecer totalmente.

De buenas primeras parece difícil musicalizar un cuadro de tan crudo realismo. No obstante Turina ha tenido éxito; su sentido constructivo le ha permitido combinar motivos aparentemente dispares y elevar sobre sólidos sillares un impresionante monumento. La obra, que fácilmente pudo dispersarse, por el contrario se consolida gracias a una reflexiva y poderosa voluntad. Su final es plácido. Era preciso que, tras la orgía sonora debido a la mezcla de temas militares y religiosos, surgiera la calma. El progresivo desvanecimiento de los murmullos festivos es deseable en este aspecto. Turina ha realizado ese proceso de decrecimiento de matices una delicada peroración. Se piensa en el encanto de su obra precedente, la **Escena andaluza**, o en el ‘Nocturno’ de la Vida breve de Manuel de Falla. El resultado de este empeño hace que **La procesión del Rocío** sea de mayor éxito orquestal que la Catalonia de Isaac Albéniz. Su continuo éxito desde hace tanto tiempo asegura que seguirá siendo duradero. Henri COLLET.

**** “La procesión del Rocío”, *Tajo* (?), 31 de mayo de 1941.**

Sevilla tiene el privilegio de esas estampas tradicionales en que lo místico y lo pagano se armoniza con maravilloso acorde. En pocas ciudades como en Sevilla se pueden hallar tan peregrinas fiestas religiosas, ungidas de fervorosa devoción y, al mismo tiempo, acentuadas de alegría estrepitosa que es como la dicha de vivir rendida en holocausto de la divinidad.

Sentimientos religiosos en alma viva, que conserva ritos de carácter primitivo, de pueblo niño, que abre las manos llenas de flores con encendido entusiasmo. ¡Admirable sentimiento religioso que alcanza el corazón sin caer en tóricos misticismos a lo Greco, sino que rompe en gloriosa alegría a lo Murillo! Sevilla adora a Dios, a la Virgen y a los santos con cariño familiar y por eso se toma tan pintorescas libertades, de ingenua expresión, que en otros pueblos parecerían irreverencias. Así piropea a las imágenes en Semana Santa: les arroja a los pies de las andas cañas de manzanilla; les pone motes: Macarena, a la Virgen de la Esperanza y, el Cachorro, al Cristo de la Expiación y, hasta detiene el paso de las procesiones para, a la luz temblorosa de los cirios de los encapuchados cofrades, rasgar el silencio expectante de la noche con una saeta:

*Mirarlo por donde viene
'er Señor del Gran Poé'.
Por cada paso que da
'nase un lirio y un clavé'.*

Las procesiones sevillanas gozan de fama universal; y, entre ellas, acaso la del Rocío es la más renombrada. Su arte y su alegría le dan inconfundible fisonomía. Todos los años, por Pascua de Pentecostés, los sevillanos organizan la procesión, que se dirige al santuario de Almonte, en la provincia de Huelva, donde se venera la imagen de Nuestra Señora del Rocío. Salen de la iglesia de San Jacinto, en Triana, al amanecer y regresan luego de una semana, haciendo su entrada en Sevilla a la caída de la tarde. La procesión es un primor. La forman una carreta de plata, en la que conducen el estandarte de la Virgen y la escoltan otras carretas profusamente engalanadas. Dos fieles van a caballo, enjaezados ricamente, y llevan faroles de colores y viejas banderas bordadas en seda. Músicas, cantos, aclamaciones, son el coro de este cortejo que, a la luz de las bengalas, es recibido por el pueblo sevillano al pie de la capilla del Patrocinio. Tan maravillosa estampa ha impresionado el ánimo de muchos artistas apareciendo alicatada, pintada en lienzos, relatada en novelas o cruzando el tablado escénico. No podía faltar en la música, y ha sido Turina quien, inspirándose en ella, compuso su pieza sinfónica más aplaudida y popular.

Cuando Turina pensó componer su poema sinfónico, trazó, ante todo el plan, dividiéndolo en dos partes. Primera: *Triana en fiesta*, tiempo de soleares, seguidillas y un remedo de garrotín en caricatura, significación de la borrachera. Segunda: *La procesión*, el cortejo religioso con el tamborilero y el flautín, que van delante —en tiempo de marcha— hasta que la procesión se detiene ante la iglesia y estalla la Marcha Real.

Su autor compuso este poema sinfónico en París, el año 1912, durante dos meses, a las horas centrales del día. Vendió los derechos de edición en ¡cincuenta francos! El éxito económico de **La procesión del Rocío** no se presentaba envidiable, ciertamente.

En cuanto Turina tuvo compuesta la obra la llevó a un notable músico francés, quien le dijo que estaba muy recargada la orquesta y le aconsejó que quitara, por lo menos, la mitad de la instrumentación. Así lo hizo; pero poco después, en ocasión de un viaje del maestro Arbós a París, el ilustre director de la Orquesta Sinfónica le hizo volver a instrumentarla como en principio lo había hecho Turina, con un desbordante lujo de sonoridad, que tan fielmente describe la bulliciosa alegría callejera de Triana.

La procesión del Rocío se estrenó en el teatro Real de Madrid el 30 de marzo de 1913 por la Orquesta Sinfónica, obteniendo un gran éxito que dio rápida nombradía a su autor. Además de esta orquesta la han interpretado en España la Filarmónica, la Banda Municipal de Madrid y otras muchas agrupaciones musicales que, con sus innumerables audiciones han logrado que sea una de las más populares piezas de concierto. Madame Jacques Lerolle hizo un

arreglo para piano a cuatro manos, Y en gramófono hay dos versiones de **La procesión del Rocío**: una de la Orquesta Sinfónica y otra de la Filarmónica. En el extranjero, además de Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Bélgica, Italia y Holanda, se ha interpretado en California y Australia.

Con motivo de este poema sinfónico se han tributado al maestro Turina muchos homenajes. José CASTEJÓN.

**** BBC (Londres), 29 de enero de 1949.**

... y esta absoluta maestría la tuvo Turina ya desde sus primeras obras. Terminados sus estudios en París vuelve a Madrid y entrega a la Orquesta Sinfónica, dirigida por Arbós, su poema orquestal **La procesión del Rocío**. El éxito que alcanza la obra fue de los más resonantes en la vida artística madrileña y aquel joven músico quedó en el momento consagrado como gran compositor. La nobleza y la altura de las ideas, así como el perfecto dominio técnico orquestal, hacen de **La procesión del Rocío** una de las más estimables páginas de la moderna música española. Eduardo MARTÍNEZ TORNER.

**** Programa del concierto de la Orquesta Nacional; 2 de febrero de 1949.**

La procesión del Rocío fue estrenada el 30 de marzo de 1913, bajo la dirección del maestro Arbós, y señaló el primer gran triunfo orquestal de Joaquín Turina.

De esta obra dice Federico Sopena, en su libro sobre el maestro sevillano: “**La procesión del Rocío** tiene un relativo antecedente en El Corpus, de Albéniz. La polar disposición de lo religioso y de lo popular es una buena costumbre romántica. **La procesión del Rocío** se distingue ya, dentro de la obra de Turina, por dos precisos caracteres: el equilibrio de los elementos poemáticos y la autenticidad folclórica”.

Turina recoge el elemento más valioso y exterior de la vida sevillana fundido en una especial ternura —difícil valor en un poema pintoresco— que aprovecha la espontaneidad lírica de lo popular. Entre impresión y poema sinfónico consigue, con su equilibrada brevedad, una exquisita ponderación de elementos bulliciosos. No tiene todavía lo que florecerá en la **Sinfonía sevillana** —confesión personal y selección de temas aptos para la gran forma—; pero realiza orquestalmente la inmediata consecuencia sinfónica que podría nacer de la Iberia, de Albéniz. ANÓNIMO.

**** “La procesión del Rocío, de Turina”. Programa del concierto de la Orquesta Sinfónica, del Gran Teatro del Liceo, Barcelona, 13 de marzo de 1949.**

Todos los años, en el mes de junio y en honor de la Virgen, hace su entrada en Triana la procesión del Rocío. Las familias más distinguidas de la población acompañan la procesión en sus carruajes, profusamente adornados, formando vistoso cortejo, y en medio del cual es conducido el estandarte de la Virgen, sobre una carroza de plata, de la que tiran parejas de bueyes.

Triana está en fiesta. Las seguidillas suceden a las soleares; un hombre ebrio entona un garrotín; de pronto, un tocador de flauta y tambor, anuncia la llegada de la procesión y se interrumpen las danzas.

El tema religioso, expuesto varias veces, estalla triunfalmente con las notas del Himno Nacional y el repicar de las campanas lanzadas al vuelo. Reanúdanse los cantos y las danzas, pero su rumor no tarda en decrecer, hasta extinguirse por completo. ANÓNIMO.

**** Programa del concierto de la Orquesta Nacional del 21 de junio 1952.**

La procesión del Rocío, con antecedentes en el Corpus, de Albéniz, abre las puertas del universal triunfo. Por el barrio trianero, entre el júbilo del pueblo, pasa el cortejo procesional; los cellos retratan cánticos sacerdotales y atacan himnos las trompetas, mientras volteos de campanas prestan luminosidad y color. Antonio FERNÁNDEZ-CID.

**** *Iniciación a la música*, Madrid, Espasa Calpe, 1962, p. 393.**

Es uno de los poemas sinfónicos magistrales que hoy se tocan en todas las orquestas del mundo. Sale la procesión con la Virgen del Rocío en carroza de plata, arrastrada por mansos bueyes, figurando en opulenta cabalgata las ilustres familias sevillanas, y penetra en el gigantesco barrio de Triana. Triana está de fiesta: allí soleares, garrotines y danzas. Luego un tema religioso, combinado con la Marcha Real, y alegre repiqueteo de campanas. Cuadro del más crudo y bello realismo, en el que Turina ha sabido amalgamar, con sin igual maestría, los más dispares elementos. Después de la orgía sonora viene la calma, desvanécense los lejanos rumores, esfúmanse las tintas. [¿?].

**** “La procesión del Rocío”, de Joaquín Turina”, ABC (Sevilla), 10 de junio de 1965, pp. 39-40.**

Del **Quinteto** para cuerda y piano, opus 1 de estructura y espíritu *franckianos*, no es posible sentir el rumbo que había de tomar la ulterior producción de Joaquín Turina. Los paternos consejos de Isaac Albéniz obraron el prodigio. La semilla cayó en buena tierra. Había de dar ciento por uno.

La siguiente obra del joven compositor, que señala el opus 2, es **Sevilla**, *suite* pintoresca en tres tiempos. (...) El espíritu nacional español había de ser la Estrella de Oriente que iluminaría la carrera del músico sevillano. En 1909 muere Albéniz. Si Falla y Turina quedan huérfanos de director espiritual, la ingente *Iberia* del maestro catalán constituía el código, a cuya legislación se atenderían los jóvenes compositores.

La procesión del Rocío data del año 1912. Lleva el sello del opus 9. Se estrena en Madrid el año siguiente, por la orquesta Sinfónica, dirigida por Arbós, a quien está dedicada la obra.

Analizada la obra, por sus características y folclorismo localista, es un anticipo, la hermana menor de la **Sinfonía sevillana**, opus 23, compuesta en 1920. Las separa unos cuantos años, en los que brotan de la prolífica pluma del compositor obras de canto, piano, teatro, etc.

La **Sinfonía sevillana** fue premiada por el Gran Casino de San Sebastián. Asistimos a su estreno. En honor a la verdad, hemos de consignar que obtuvo una acogida glacial, lo mismo que *El amor brujo*, interpretado en el mismo concierto. El público no estaba preparado para la audición de estas obras. La **Sinfonía sevillana**, estrenada el año siguiente en Madrid la crítica exageró su dureza. Recordamos la de Vicente Arregui, en *El Debate*. Crítico de los más autorizados de la época, Premio de Roma, autor de producción Sinfónica y teatral, mojó en hiel su pluma para juzgar la obra.

El *wagnerismo* y la ópera italiana absorbían el ambiente de aquel tiempo. Paulatinamente, la música rusa, los poemas de Rimsky Korsakoff, Borodin, Moussorgsky, la música francesa Dukas, Debussy, etc. rompieron el hielo, y la música española de Pérez Casas, el mismo Arregui, Falla, Turina, etc. fueron acogidas más benévolamente

La procesión del Rocío es obra simpática de significación trianera. Triana y Rocío se armonizan fraternalmente. En su estructura y construcción, el elemento armónico predomina el sistema de la Schola Cantorum de París, donde bajo la dirección de D'Indy, se formó Joaquín Turina. La orquesta suena muy bien, equilibrada y con clara distinción de timbres y perfecto empaste del conjunto.

La primera parte, *Triana en fiesta*, es un cuadro lleno de animación, alegría y colorido de fuerza expresiva.

El folclore localista exhibe sus mejores galas en los ritmos quebrados de *soleares*, *seguidillas*, sin que falte alguno que, por exceso vinícola, se arranque cantando y palmoteando el *garrotín* -delicia de Wanda Landowska, que, en la obra, alcanzará importante proceso modulativo. A ellos seguirán ritmos y diseños que, más tarde, los utilizará en la conocida *Orgía* de las **Danzas fantásticas**. La *Kodak*, de Turina, ha captado y recogido todos los episodios de fiesta de tan inusitado y desbordante entusiasmo popular. Los temas se *sostenizan* en desarrollos de hirientes claridades tonales. La clásica cadencia andaluza explora nuevos rumbos, para huir de la manida caída a la dominante, con procedimientos que dejaron huellas inconfundibles en la *'Iberia' albeniziana*.

Sin compás de espera, se encadena la anterior parte con *La procesión*. Aquí las melismáticas filigranas de la flauta y los persistentes y monótonos ritmos del famoso tamboril, tan conocido por las calles de Sevilla serán elementos primordiales de la procesión, en la que relucirá la marcha de la banda de música, que va elevándose en planos armónicos, recordándonos los de un órgano, con registros de pastosa sonoridad.

Acrecienta el interés al yuxtaponerse los temas del primer tiempo, rítmicamente transformados: los agudos melismas de la flauta, los de la marcha procesional, cuya solemnidad se impone por su continua ascensión total; el entusiasmo se caldea al oírse los primeros compases de la Marcha Real -en un tres veces *fuerte* que indica la partitura-, sobre la que cabalga triunfal la de la procesión en exaltadas altitudes sonoras. Una noble rivalidad se porfía entre ambas marchas que enardece a la enorme multitud congregada, que con sus vítores aclama frenéticamente a la *Blanca Paloma*, que regresa de la peregrinación por las marismas rociaras. Página es esta que, por su intensa luminosidad y polícromo colorismo, electriza al público, que contempla este singular espectáculo, al que la devoción popular de los siglos ha impreso indeleble pátina de profundo fervor religioso y sentimiento folclórico, transmitidos desde lejanas generaciones. Turina plasmó, con la lozanía de su inspiración y dominio de elementos técnicos, el cuadro de vivido realismo sevillano.

La procesión del Rocío señala en la carrera del compositor un episodio triunfal, que había de renovar en su ulterior producción sinfónica. Norberto ALMANDOZ.

**** Notas al programa de la Orquesta Sinfónica de la RTVE, 1 y 2 de febrero de 1969.**

La procesión del Rocío. La música nacional, las melodías populares, el acervo sonoro de un país, puede servir en dos formas al compositor. Puede contribuir a formar su propia manera de sonar, siendo entonces el músico creador quien debe integrarlos hasta lograr una síntesis nueva. En este caso el documento está latente dentro del artista como esencia y no como presencia. La otra actitud, el otro *modus operandi* consiste en tomar los motivos populares, temas, giros cadenciales, etc., para combinarlos de mil formas y crear una atmósfera que identifique su expresión con una idea preconcebida del lugar.

Por la enorme riqueza y heterogeneidad de su contenido folklórico y popular, España puede dar el ejemplo más objetivo de esta idea. Y un músico excepcionalmente dotado puede ilustrar esta última forma de proceder con su personalidad bien definida: Joaquín Turina.

La procesión del Rocío, opus 9 en su catálogo musical, fue estrenada el 30 de marzo de 1913 por la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección de Arbós.

Federico Sopena escribe en su libro dedicado al compositor sevillano: “**La procesión del Rocío** se distingue ya, dentro de la obra de Turina, por dos precisos caracteres: el equilibrio de los elementos poemáticos y la autenticidad folklórica. Turina recoge el elemento más vistoso y exterior de la vida sevillana fundido en una especial ternura —difícil valor en un poema pintoresco— que aprovecha la espontaneidad lírica de lo popular”. ANÓNIMO.

**** “Joaquín Turina. La procesión del Rocío”. Notas al programa de la Opuesta Nacional, 21, 22 y 23 de diciembre de 1975.**

La obra de Joaquín Turina se inserta de pleno derecho en el renacer de la música española operado por la generación nacionalista a la que él continuará. Sus bases como las de Albéniz o Falla, son las del acercamiento a la realidad de la cultura musical y música popular española a través de los materiales y la estética musical del momento. Por ello la Schola Cantorum y el impresionismo son corrientes francesas que estarán presentes en su formación para no imitarlas sino para configurar un lenguaje propio.

Turina representa dentro del nacionalismo español una segunda corriente, la que incide en la problemática regional. Si la obra de Sarasate, Pedrell, Albéniz o Falla, había partido de unas fuentes españolas generales, la de Turina va a ahondar en una problemática centrada en Andalucía y, más concretamente, en Sevilla. En este terreno es similar a la de otros autores que exploraron sus respectivas regiones. Así, Guridi en lo vasco, Garreta o Toldrá en lo catalán. López Chávarri o Palau en lo valenciano. Samper en lo mallorquín. Conrado del Campo y Julio Gómez en lo castellano, por citar algunos autores de esta tendencia. Turina sería inexplicable sin Sevilla y la música andaluza estaría incompleta sin Turina.

En marzo de 1913, Enrique Fernández Arbós, siguiendo su política tantas veces añorada de apoyar amplísimamente a los compositores españoles, pone en los atriles de la Orquesta Sinfónica, de Madrid, una partitura de un joven de treinta años hasta entonces solo conocido en los círculos profesionales españoles y parisinos. Se trata de **La procesión del Rocío**, que obtiene un rotundo éxito e inicia así su brillante carrera internacional y la de su autor. La obra había sido concluida por Turina el año anterior y es su primera incursión en la gran orquesta. Previamente habían surgido algunas obras pianísticas importantes como la **Sonata romántica** o los **Rincones sevillanos**; pero el número nueve que, la obra orquestal lleva en el catálogo, indica bien claramente que se trata de una composición entre las primeras del autor.

No hay nada primerizo, sin embargo, en **La procesión del Rocío**. Todos los elementos estilísticos del gran Turina están presentes ya en este poema sinfónico. Su contenido anecdótico hace referencia a la célebre procesión de la Virgen a través de las marismas sevillanas y onubenses hasta llegar al santuario del Rocío donde anualmente se entroniza en medio de una fiesta popular de indiscutible colorido, con sus carretas, caballistas, banda de música y cohetería, una fiesta que aún se sigue celebrando aunque, sin duda, en la época en que Turina compuso la obra conservaba mayor autenticidad.

Desde un punto de vista descriptivo, la obra es más naturalista que la inconcreción que solían tomar en casos parecidos los impresionistas. En este terreno, la narración se acerca más al poema sinfónico straussiano, por más que ahí acaban los puntos de contacto con el maestro bávaro y, en cambio, haya muchos más con el impresionismo. Un orquesta rica y perfectamente tratada describe el cortejo y termina con la apoteosis de la entrada en el Rocío con las campanas al vuelo y la banda que entona la Marcha Real. Sobre este final, recordaba recientemente Enrique Franco una anécdota que muestra la inevitable beociez de cualquier ingerencia política, del signo que sea, en la música: las audiciones de **La procesión del Rocío** en Madrid y en plena guerra en las que la Marcha Real se sustituía de cualquier manera por el Himno de Riego (¡¡!).

Sobre la calidad de la obra, bueno es recoger el testimonio de alguien tan exigente como Claudio Debussy: “Ordenada como un fresco en el que las francas oposiciones entre luces y sombras hacen la audición fácil a pesar de sus dimensiones”. Tomás MARCO.

**** Comentario para los discos LP.. “Hispavox 530 76 9624 1 - “Hispavox HH 10-80 - “Hispavox 130.016 - “Clave 18-1343-S . Orquesta Sinfónica de RTVE. Director Odón Alonso (1975).**

En el concierto famoso que de música española da Arbós con la Orquesta Sinfónica de París [Orquesta Sinfónica, de Madrid], **La procesión del Rocío** va a la cabeza en el éxito del público y en la consideración crítica: el propio Debussy olvida hasta cierto punto sus lógicos prejuicios contra la Schola Cantorum, y acordándose más de Albéniz que de Vincent d’Indy, hace el elogio de las proporciones y del color de esta obra, la primera orquestal de Turina.

No se debe comentar como poema sinfónico: toda la obra de Turina tiene más que argumento una suerte de lirismo personalísimo que se alza sobre paisajes, personas y cosas. Albéniz en el Corpus, el viejo Ginés en algunos de sus poemas sinfónicos, había escogido este fácil cuadro de la procesión que pasa con sus cánticos, con sus marchas militares, entre la devoción y la algazara –inseparables– del pueblo.

La influencia de Albéniz sobre esta obra de Turina es clara, pero la novedad, junto a esa influencia, es de importancia. Por vez primera los temas andaluces vistos a lo romántico se traban en un lenguaje orquestal potente, refinado, europeo ¡Qué distancia desde el alhambrismo de las pequeñas obras orquestales de Bretón y de Chapí! La entrada de la procesión con la romería, no se vive como detalle, sino como ambiente: la misma Marcha Real como casi coda es un elemento de color. Los temas, inventados por Turina, son a la vez populares y personales, esencialmente líricos. Por esto, mientras obras parecidas como La procesión [nocturna], de Rabaud, y alguna más, no viven en el repertorio, **La procesión del Rocío** permanece con su belleza y su alegría. Federico SOPEÑA.

**** “J. Turina (1882-1949): La procesión del Rocío”. Notas al programa de la Orquesta Sinfónica de la RTVE el 4 y 5 de febrero de 1978.**

Sesenta y cinco años hace que **La procesión del Rocío** sonó en el teatro Real por vez primera. Poco después, a finales de ese mismo año, pudo escucharse en París y gozar de la atención y el comentario de Claudio Debussy. “Está dispuesto en forma de bello fresco —escribe el músico francés en la revista SIM.—. Abiertas oposiciones entre luz y sombra hacen fácil la audición a pesar de sus dimensiones. Como Albéniz, Turina parece fuertemente impregnado de música popular; titubea todavía en su manera de desarrollar y cree útil acudir a los ilustres proveedores contemporáneos. Creo que Turina puede pasarse sin ellos y escuchar voces más familiares”.

Ya es sabido que los proveedores aludidos por Debussy son los maestro afiliados a la tendencia franckiana de Vincent d’Indy, es decir, los anti-impresionistas. Lo cierto es que el poema de Turina ha superado la posible circunstancialidad de su pintoresquismo. Esto es: en la **Procesión** había algo más que una intención evocadora de Sevilla en fiestas o un buen hacer cosmopolita. Ese algo es la visión personal, el sentimiento del músico capaz de superar la reproducción para alcanzar una voz alegre y sentimental, esencialmente musical y fácil de entender. Fiesta y Procesión, ritos populares-paganos y populares-religiosos, dan ocasión a ese bello fresco corruscante de vida en sus timbres, ritmos y colores. No es la España de pandereta sino la de los viajeros hispanistas de la preguerra del 14. Estamos lejos del esencialismo de Falla, pero no carece de validez el realismo de Turina. Uno y otro estaban próximos al regreso a Madrid después de la larga estancia parisiense cuando Arbós dirige **La procesión del Rocío** al lado de partituras de Albéniz, Pérez Casas y Conrado del Campo. Enrique FRANCO.

**** “Turina: ‘La procesión del Rocío’”. Comentario destinado a un disco no localizado. (sin fecha).**

Con razón fue gran sorpresa la explosión en París de **La procesión del Rocío**. Cuadro pintoresco, en principio, que —en el mejor de los casos— condenaría la obra a una temporada de favorita. La pervivencia en los programas de Europa y América, nos dice que hay algo más. Más que incluso una técnica considerable y a la europea con vocación andaluza que es, en definitiva, menos directa que la de otras obras cultivadoras del tópico. Ese algo es la visión personal, el sentimiento del compositor que, aun siguiendo con atención y anécdota, la marcha de la célebre fiesta sevillana, supera la reproducción y alcanza una voz alegre y sentimental, fácil de entender, pero esencialmente musical. Hay en **La procesión** una construcción ideal que se eleva sobre el tipismo de Blasco Ibáñez o la España de los viajeros románticos.

Como en la **Sinfonía sevillana**, Odón Alonso y la Orquesta de Conciertos de Madrid, nos da una versión exacta y sin amaneramiento. Si puede encontrarse un orden y una estilización para el alboroto orquestal de **La procesión**, en esta versión se nos da sin traicionar al espíritu. Consecución bien difícil que habla en favor del talento del director español. Enrique FRANCO.

**** «Turina: ‘La procesión del Rocío’». Comentario sin destino determinado (sin fechar).**

Por nacimiento y por carácter, el nombre y la obra de Joaquín Turina irán siempre ligados a Sevilla. En la ciudad de la Giralda estudió Turina en su juventud con excelentes maestros locales: el pianista Enrique Rodríguez y el maestro de capilla en la Catedral Evaristo García Torres. Después de perfeccionar sus estudios de piano en Madrid con José Tragó

(maestro de Falla), Turina marcha a París en 1905 [1902], para seguir los cursos de la Schola Cantorum con Vincent d'Indy.

En la capital francesa coincidiría con Albéniz, Ricardo Viñes y, desde 1907, con Manuel de Falla. De tal encuentro nace la voluntad españolista de Turina que, en obras anteriores –como el **Quinteto**– se expresa al margen de todo lenguaje nacional a través de un cosmopolitismo que fue cariñosa y duramente censurado por Albéniz. Escuchó Turina los consejos del autor de Iberia pero supo conciliarlos con las normas aprendidas en la Schola, como lo prueba la **Sonata romántica** (sobre un tema español) de 1909, en tanto El jueves Santo a medianoche se acerca al descriptivismo evocativo de Albéniz.

El primer gran triunfo sinfónico de Turina es **La procesión del Rocío**, estrenada por la Orquesta [Sinfónica] de Madrid, dirigida por Fernández Arbós, el año 1913. (...) El poema de Joaquín Turina ha superado la posible circunstancialidad de su convención o su pintoresquismo. El **La procesión del Rocío** hay algo más que intención evocadora de Sevilla en fiestas o buen hacer cosmopolita. Ese algo es la versión personal, el sentimiento del músico que, superando la reproducción, alcanza una voz alegre o intimista, de gran fuerza incisiva. La romería y procesión de la Virgen del Rocío se celebra cada año en Sevilla. Desde su santuario, la imagen es trasladada al barrio de Triana en carroza de plata, tirada por bueyes seguida por docenas y docenas de carretas engalanadas. Los temas populares andaluces –soleares, siguiriilla, garrotines– dan paso a los religiosos. Cuando la Virgen del Rocío llega a Triana, a la explosión de los cantos populares se une el sonar del Himno Nacional español, todo ello envuelto en el repicar alborozado de las campanas. Al fin, todo vuelve al silencio mientras se desvanecen los rumores lejanos y vibra en el aire de la noche el eco de la larga fiesta. En **La procesión del Rocío**, chisporroteante de vida en sus ritmos, melodías y colores, cobra autenticidad realista, más que la denominada España de pandereta, la que amaron y entendieron los mejores viajeros hispanistas de la preguerra del 14. Joaquín Turina nació en Sevilla, en 1882, y murió en Madrid, en 1949. Enrique FRANCO.

**** “Turina: ‘La procesión del Rocío’” Comentario incluido en el LP. *Fundación Banco Exterior de España. IB 33-166 FBE 6, 1989. Ángeles Rentería y Jacinto Matute (pianistas).***

Es ésta la primera obra orquestal de Joaquín Turina y, a la hora de enfocar el comentario de la que es primera grabación en disco de la versión para piano a cuatro manos, no será ocioso señalar que **La procesión del Rocío** no solo es en origen música orquestal, sino que es la más orquestal de las obras de Turina. En efecto, don Joaquín, prototipo de compositor-pianista, compuso siempre sobre el piano: alguna de sus obras orquestales poseen versión pianística simultánea y, otras que no, pueden considerarse como trabajos de orquestación del material previamente esbozado para las dos pautas del teclado. Sin perjuicio de que **La procesión del Rocío** corriera este mismo proceso, no deja de ser significativo que la versión pianística dada por Turina a la edición fuera realizada del 6 al 10 de junio de 1913, esto es, al año siguiente de rematar la versión original orquestal; como tampoco es baladí que aquella versión pianística no fuera apenas interpretada, pese al clamoroso éxito de la obra. La explicación es bien simple: si toda transcripción pianística de una obra orquestal posee limitaciones obvias, en obras como ésta, llenas de colorido descriptivista, las limitaciones se acrecientan: detalles tímbricos como el tono quejumbroso de la viola al que se asigna el solo de las soleares, o la caja evocando el tamboril, o el festivo repique de campanas en la explosión final, entre tantos otros, pierden inevitablemente efectividad evocativa cuando se alejan de esos timbres. Seguramente en un intento plausible de atenuar esa reducción de la paleta sonora, Jacques Lerolle, editor de las dos

versiones turinianas de **La procesión del Rocío** -la orquestal y la de piano-, realizó él mismo la versión a cuatro manos que aquí se presenta; tal trabajo data de 1925.

La obra se fechó en París en 1912 y su celebradísimo estreno corrió a cargo del dedicatario de la misma, el maestro Fernández Arbós, quien la dirigió a su Orquesta Sinfónica el 30 de marzo de 1913 en el madrileño teatro Real.

Aunque impregnada toda ella de acentos populares, Turina declaró haber tomado solamente el tema del garrotín -un breve episodio de la primera parte-, el diseño rítmico del «simpático tamborilero de Triana y, naturalmente, los sones de la Marcha Real que aparecen superpuestos al gran tema procesional en la coda de la obra. Lo demás es música popular... de Joaquín Turina. El autor la presentaba como díptico *Triana en fiesta* y *La procesión*) aunque formulado sin solución de continuidad, haciendo notar la dificultad que para él supuso la renuncia a la forma tripartita, tan adecuada para el carácter cíclico que, por influencia de las enseñanzas que recibió en la Schola Cantorum parisina, es el que presenta casi toda su música. La forma tradicional a la que mejor se vincula **La procesión del Rocío** es a la de rondó, siendo el aire de seguidillas el que vértebra la composición lo que funcionaría como estribillo o refrán. Desde el punto de vista expresivo, lo más notable es el logro de Turina al plasmar la singularísima mezcla de bullicio y recogimiento, de fiesta profana y fervor religioso, que caracteriza a éste como a tantos otros acontecimientos religiosos de la tradición sevillana y andaluza.

En el anecdotario de la carrera de **La procesión del Rocío**, consta la supresión de la cita de la Marcha Real en los años de la República e incluso la sustitución de estos compases por otros del Himno de Riego en alguna interpretación de la obra que se hizo durante la guerra civil. José LuÍs GARCÍA DEL BUSTO.

** *Turina*, Madrid, Espasa Calpe, 1981, pp. 44, 46-47.

En París da Turina sus últimos toques a su primera partitura orquestal, una obra que, gracias al consejo de Arbós, no sufrió modificaciones instrumentales como algún colega francés pretendió, seguramente con mejor voluntad que acierto.

La procesión del Rocío, opus 9, para orquesta, es obra de 1912 que fue estrenada en el teatro Real, de Madrid, por la Orquesta Sinfónica dirigida por Enrique Fernández Arbós, a quien está dedicada la partitura, el 30 de marzo de 1913. El propio Turina hizo una versión para piano, extendida después a piano a cuatro manos por el editor Jacques Lerolle. Se trata de un poema-fantasia en dos partes respectivamente tituladas *Triana en fiesta* y *La procesión*. El carácter poemático-descriptivo está asumido desde la partitura, que viene encabezada por un párrafo explicativo de esta peculiar manifestación, que viene encabezada por un párrafo (no olvidemos que esta obra, como tantas otras de Turina, se editó en Francia) en que se incluye un pequeño guión argumental de la composición.

En el número de diciembre de 1913 de la Revista Bética comentaba Turina el problema constructivo que para él había supuesto la estructuración de la obra en dos partes, y no en tres, y añadía «... Mal o bien, todo ello salió formando un gran rondó cuyo refrán es la seguidilla con que comienza». En efecto, un aire de seguidillas, brillante y jubiloso, abre la composición, dejando sitio a un apunte de copla por parte del oboe. La viola inicia un tema de soleares que pasa en seguida a otros instrumentos. Tras la reaparición de las seguidillas, tiene lugar el episodio del personaje borracho, toque anecdótico que es evocado por un garrotín. Reaparecen fugazmente las soleares y el estribillo de las seguidillas, concluyendo esta primera parte. Sin solución de continuidad se pasa a la segunda con los sones de la dulzaina (flauta) y el

tamboril (caja) que anuncian la proximidad del cortejo procesional: éste es evocado por un bello canto de los violonchelos –en seguida ampliado por toda la cuerda–, mixto de popular y religioso. A partir de este momento, el tema procesional pugna por imponerse a las sucesivas apariciones de la dulzaina, del garrotín, de las soleares... y todo camina hacia un gran climax sonoro en el que el tema procesional se magnifica con la triunfalista adición de campanas y de la Marcha Real, que se escucha superpuesta. El pasaje desemboca en el aire de seguidillas, que se desvanece poco a poco tras el paso de la romería. Un breve y meditativo recuerdo del tema religioso, y brillante final ‘en punta’.

La procesión del Rocío es obra clave en la producción de Turina. En ella se ve el autor plenamente liberado de influencias y ataduras, y a esta satisfacción se une la muy importante del éxito apoteósico que la obra alcanza allí donde se programa. La extraordinaria interpretación de Arbós y su Orquesta Sinfónica, colabora a ello. En el concierto del estreno, la opus 9 de Turina iba acompañada, nada menos, que de Borodin, Beethoven, Bach, Strauss y Wagner. El éxito fue tan clamoroso que **La procesión del Rocío** hubo de repetirse íntegramente (¡por si era corto el programa!). Es hermoso y, a la vez, aleccionador recordar en qué medida respondió el maestro Arbós al detalle de la dedicatoria de la obra, llevándola por toda España en una enorme gira de la Orquesta Sinfónica iniciada en Sevilla el 16 de abril y terminada en Valladolid a mediados de junio, con escalas en Tenerife, Valencia Murcia, Logroño, Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, León La Coruña, Vigo, Palencia... En San Sebastián escucharon la opus 9 *turiniana* el 4 de octubre. En Sevilla, como es natural, el triunfo adquirió tintes especialmente emotivos: el homenaje de sus paisanos consiguió que a Turina se le saltaran las lágrimas. José Luís GARCÍA DEL BUSTO.

**** Notas al programa de la Orquesta Nacional. 15 y 17 de enero de 1982.**

La primera obra sinfónica de Turina (su opus 9) la dio a conocer Fernández Arbós, a quien está dedicada, con la Orquesta Sinfónica, de Madrid, en el teatro Real, el 30 de marzo de 1913, con clamoroso éxito. El compositor había llamado la atención anteriormente por su fantasía colorista de tintas invariablemente andaluzas, por su imaginación descriptiva y un expansivo aliento romántico, impulsos que inspiraron sus iniciales realizaciones; un quinteto, un cuarteto, cuatro suites para piano, una canción y una pieza para pequeño grupo de cámara.

Después de **La procesión del Rocío**, sólo otras dos partituras orquestales configuraron la extraordinaria visión sinfónica del músico –las **Danzas fantásticas** y la **Sinfonía sevillana**, ambas de 1929–, quedando cinco más en la sombra, lo que resulta extraño por tratarse de un autor prolífico, conocedor de la materia sinfónica, de la que supo servirse en estas pocas ocasiones con una exuberancia de recursos tímbricos capaces de sugerir las estampas populares y los ambientes poéticos por él vividos, con absoluta naturalidad y sinceridad.

La procesión del Rocío, esta torrencial elocuencia ya es tan persuasiva y sobre todo tan personal como la que trasciende de toda su música posterior. No cabría imaginar una partitura de Turina (excepto las destinadas a conjuntos de cámara) sin varios subtítulos aclaratorios de su intención narrativa. El título de esta obra, igual que el de los dos movimientos en que subdivide –*Triana en fiesta* y *La procesión*–, revelan sin ambigüedad lo que la música es: dos estampas de vistosa policromía sevillana y andaluza evocadas por un artista de casta y de inminente distinción. Xavier MONTSALVATGE.

**** “Centenario del nacimiento de Joaquín Turina”. Radio-2 de Radio Nacional de España. programa nº 7, 13 de mayo de 1982.**

De **La procesión del Rocío**, transcrita para piano por el compositor, nada habría que decir, ya que se trata de una de las obras básicas, no solamente de Turina, sino de la música española en su conjunto. Todo sobre esta obra está dicho, y por voces autorizadas. Sólo podría aludirse a la problemática de las transcripciones: ¿Merece la pena que el pianista aborde la penosa tarea de desarrollar la transcripción de una obra de orquesta? ¿Puede ofrecer hoy día algún interés para el oyente este tipo de trabajos? A simple vista la respuesta a ambas interrogantes debería ser un “no” decidido. El piano nunca podrá competir con la orquesta y las consideraciones de tipo utilitario que, en otro tiempo pudieron militar a favor de la transcripción, actualmente con los procedimientos de difusión y de reproducción vigentes, ya no son válidos. No obstante cabría preguntarse si, dentro de sus limitados recursos y de su monocromía tímbrica, el piano no puede aportar algo, que compense, siquiera parcialmente, su inferioridad de condiciones respecto a la orquesta. Creo que una interpretación pianística puede jugar con los matices agógicos y dinámicos con un mayor margen de libertad. La flexibilidad agógica, en sus infinitos grados, es más fácil de alcanzar para un solo intérprete que para un conjunto, por bueno que sea y por muy bien que esté dirigido. En cuanto al aspecto dinámico, el pianista tiene directamente bajo sus dedos la posibilidad de graduar la intensidad de las masas sonoras, de delinear contrapuntos o destacar funciones armónicas determinadas.

Decía el famoso pianista Edwin Fischer que, «en el fondo, toda forma de escritura musical implicaba una especie de transcripción, pues suponía la transposición de la música pura que brota libremente de la imaginación del compositor, a las posibilidades del vehículo instrumental —o vocal— elegido, con los recortes o adaptaciones impuestas por las limitaciones de ese vehículo, que siempre existen. El pianista se conforta considerando todo esto y pensando que, después de todo, cualquier vehículo de expresión musical —incluso la orquesta— tiene sus limitaciones y que, en verdad, la música no es instrumental (salvo la meramente virtuosística), sino ideal».

Al margen de todas estas elucubraciones, lo cierto es que la transcripción efectuada por el propio autor tiene un indiscutible valor documental y su conocimiento siempre resulta interesante. Jacinto MATUTE.

**** “Centenario del nacimiento de Joaquín Turina”. Radio-2 de Radio Nacional de España. Programa nº 27, 7 de octubre de 1982.**

(...) París - Madrid - Sevilla (donde el compositor había nacido treinta años antes) forman lo que algunos estudiosos de Turina, forzando un poco la geometría, han dado en llamar el triángulo vital del maestro y, efectivamente este triángulo se cumple a la perfección en esta obra escrita a orillas de Sena; oída por vez primera a orillas del Manzanares y dedicada a sugerir impresiones y a cantar a la ciudad del Guadalquivir, la suya. Se trata de un poema-fantasia en dos partes, tituladas, respectivamente, *Triana en fiesta* y *La procesión* que sobre el eje de la seguidilla, a la manera del tema de un rondó, se van engarzando algunos episodios que evocan coplas, soleares, garrotines, cortejos, campanas y hasta la Marcha Real. Todo un mundo deslumbrante donde el autor, asimiladas las influencias de periodo de formación y manejando la orquesta con naturalidad y eficacia, consigue por vez primera un lenguaje personal y un triunfo clamoroso.

El maestro Arbós, a quien está dedicada la obra, paseó por toda España y aún hoy sigue siendo una de las obras turinianas que se oye con mayor gusto. Antonio GALLEGÓ.

**** “Joaquín Turina y ‘La procesión del Rocío’”, *ABC* (Sevilla), 6 de junio de 1987, pp. 10-11**

En su primer enfrentamiento con la orquesta —hasta entonces sólo había escrito para piano o cuarteto— Turina escoge como tema el Rocío, entonces en los inicios de su gran eclosión sevillana a la que contribuyó decisivamente. El momento en su carrera era crucial. De alguna manera se trataba de medir sus fuerzas y hacer balance de su larga etapa parisina (ocho años) de formación. El resultado fue tan espectacular como decisivo en su consagración. En el propio París acuerda, con el gran Fernández Arbós, que la estrene su orquesta en la temporada de 1913. En marzo, Turina se traslada a Sevilla para participar (que no presenciar) en la Semana Santa y se detiene en Madrid para preparar el estreno, que tiene lugar el día 30 del mismo mes en el teatro Real, de Madrid. Ese mismo día anota en uno de sus minúsculos diarios: «... A casa de Arbós y almuerzo con él. Ensayo del **Rocío**. Concierto por la noche de la Sinfónica y estreno de **La procesión del Rocío**. Salgo a escena dos veces; se repite. Vuelta a salir después. Café con Arbós y comparsa».

Efectivamente, el éxito fue apoteósico. A pesar del largo y denso programa que en tres partes, según la costumbre de la época, ofrecía, además de la obra de Turina, la Segunda Sinfonía, de Borodin, la Segunda Sinfonía, de Beethoven, un Coral variado, de Bach, Muerte y transfiguración, de Strauss, y la Cabalgata de las Walkirias, de Wagner. **La procesión del Rocío** hubo de repetirse íntegra ante las aclamaciones del público. Las críticas fueron elogiosas. Comenzaba la brillante carrera de Turina como músico sinfónico. Su culminación sería —y tampoco es casualidad— con la **Sinfonía sevillana**.

Tras el éxito del estreno en Madrid, la Orquesta Arbós inició su gira por provincias. Haría falta un Fellini para filmar estas giras de las grandes orquesta por la España de los primeros años del siglo, con los músicos hacinados en vagones incómodos, saltando en marcha para comprar chorizos y botas de vino, negros de carbonilla en los túneles, abandonado con sus instrumentos en algún pueblo perdido por una avería de la locomotora. Federico Sopena conoce sabrosísimas anécdotas al respecto y Alfredo Morán cita en su enciclopédica obra sobre Turina un delicioso texto tomado de la obra, que sobre Arbós y su orquesta, escribió José María Franco. El primer punto que tocan es Sevilla, y en su ciudad Turina recibe tales muestras de entusiasmo tras el estreno de la obra los días 15 y 16 de abril en el teatro San Fernando que es vencido por las lágrimas al salir a saludar al escenario. Tras Sevilla la orquesta sigue ofreciendo el estreno de **La procesión** en Málaga, Tenerife, Valencia, Murcia, etc. hasta casi completar toda España. «En todos los lugares del recorrido —dice Morán— fue interpretada **La procesión del Rocío**, y siempre acogida con enorme éxito. Gran satisfacción supuso al maestro Arbós poder comunicárselo a Turina y ello lo hizo desde Santander a través de una carta fechada el 17 de mayo».

Y después París, donde Turina llevó el nombre del Rocío mucho antes de nadie oyera hablar de él fuera de los límites de Andalucía. El 24 de mayo del mismo año de 1913, en el transcurso de un concierto de la Société Nationale de Musique, se estrenó la obra dirigiendo la orquesta el propio Turina. Meses más tarde, en el concierto parisino de la Orquesta Arbós, presidido por los Reyes de España, se volvió a interpretar. Queda para la anécdota que el protocolo prohibía aplaudir entre los números, pero tras la audición de **La procesión**, fueron los mismos Reyes los que iniciaron una gran ovación. [¿?].

** ‘El Rocío’, visto por Turina.

Al fijar su vista en **El Rocío**, Joaquín Turina lo esencializa y pone de relieve algunas de sus verdades más hondas. Su visión tiene color, incide en la anécdota, mezcla sabiamente lo festivo, lo popular y lo religioso. Nada tiene que ver con las perspectivas de la pléyade de antropólogos que se han aproximado a la romería para estudiarla según los clichés lúdico-paganos con que nos vienen atormentando cada vez que se acercan a una de nuestras fiestas. Turina tuvo la sensibilidad y el acierto de plasmar lo mejor del **Rocío** en las dos partes de su obra -*Triana en fiesta y La procesión*— con tal minuciosidad que hasta hizo un guión con las incidencias menudas que la música expresa. Seguidillas, soleá y garrotín para el ambiente festivo de Triana. Flauta y tambor para evocar los característicos aires rocieros. Hondo tema religioso que lucha con los motivos populares anteriores. Gran final con efecto de campanas y aparición de la Marcha Real. El mismo compositor escribió sobre esta obra: «... El trabajito que me ha costado el planear esta obra sólo lo sabe Dios y yo, entre otras razones, por tener dos partes en vez de tres y por los elementos heterogéneos de que está compuesta.

Por fin, mal o bien, todo ello salió formando un gran Rondó cuyo refrán es la seguidilla con que comienza, y esta forma de rondó que proviene de los clavecinistas del siglo XVII pasó sin pena, pero con gloria siempre, hasta Beethoven que lo reformó completamente, porque este caballero todo lo reformaba.

Pues bien, **La procesión del Rocío** es un rondó beethoveniano. ¿Quién lo diría? Poéticamente se compone de la fiesta en Triana y del paso de la procesión.

La fiesta, como todas las de Andalucía, es un contraste de seguidillas alegres y de soleares tristes, pues todos sabemos que es muy sevillano el que tras el repiqueteo de los palillos se arranque algún malage cantando algo de cementerio.

El tema del tamboril está también estilizado, conservando siempre el carácter sencillo y repeticiones a que nos ha acostumbrado el simpático tamborilero de Triana. El tema de marcha religiosa no es andaluz pero, bien mirado, ¿es que son andaluzas las vulgares marchas con que nos regalan el oído las banduchas que contratan los trianeros?

El contraste enorme entre la entrada de la Virgen de gran bullicio y la calma que sigue después es algo brusco, pero no es menos real por eso, pues he observado con frecuencia en las fiestas sevillanas, que se localizan de tal manera que basta doblar una esquina para que cese, como por encanto, la visión y suceda la calma sin transición. Y ya estoy oyendo a alguien increpándome así: «¡Paisano, a usté se le ha orvidao argo!». Y también me estoy viendo contestándole: «... Ya lo sé, pero, paisanito del alma: ¿Se cree usted que es tarea fácil el pintar en la orquesta a Belmonte montado a caballo y con una varita en la mano?». Nada mejor —ni con más delicioso humor— se puede añadir a estas líneas del mismo autor de la composición. Sólo decir, como anécdota, que en los años de la República se suprimieron de la obra los compases de la Marcha Real e incluso se llegaron a sustituir por los del Himno de Riego, por supuesto, que sin consentimiento del autor

El tiempo ha demostrado la valía de **La procesión del Rocío**, que figura en el repertorio de las grandes orquestas del mundo y ha contribuido a la difusión de la famosísima romería de la que se puede considerar Patrona de Andalucía. Carlos COLÓN.

** “**La procesión del Rocío, op. 9**”. Programa del concierto de la Orquesta Nacional. 21 y 22 de abril de 1988.

El Rocío, como abreviadamente la llamó el autor a veces, es la primera obra orquestal de Turina. Se estrenó en el teatro Real de Madrid el domingo 30 de marzo de 1913, durante el segundo concierto de abono de la X Temporada de la Orquesta Sinfónica de Madrid bajo la dirección de Enrique Fernández Arbós. El concierto había empezado a las nueve de la noche con la Segunda Sinfonía de Borodin: tras un descanso de veinte minutos, en la segunda parte se interpretó la Segunda Sinfonía de Beethoven, y tras otro descanso similar, **La procesión del Rocío** encabezó una tercera parte que se completó con el Coral variado de la Cantata, número 147 de Bach, Muerte y transfiguración, de R. Strauss y la Cabalgata de las Walkyrias, de Wagner. Hay que advertir que la obra de Turina se interpretó dos veces ante los aplausos de un público que, evidentemente, disponía de más tiempo que nosotros y cuyos gustos eran un tanto más eclécticos que el de algunos modernos.

Turina acababa de recibir, el 4 de ese mismo mes, el certificado de la Schola Cantorum, firmado por el propio Vincent d'Indy, en el que se afirmaba que Turina «había adquirido, por sus asiduos estudios, la ciencia y el talento necesarios para ser un extraordinario compositor.

Dejado a un lado lo del talento, que evidentemente Turina no lo había adquirido sólo en París, es de destacar que **El rocío** forma parte de las obras que Turina compuso en el clima de sus estudios en la Schola, aunque, no menos, en el de su amistad con Manuel de Falla, compañero de fatigas en París, y en el de otros amigos españoles que le aconsejaban. Entre ellos el mismo Arbós, quien, antes de estrenar la obra, le había pedido que no cambiara la orquestación, como le aconsejaba un músico francés indeterminado, a quien le parecía demasiado gruesa.

Los comentarios de la crítica fueron muy elogiosos. Manrique de Lara habló de «un maestro de la técnica», y subrayó «la independencia con que un autor, tan joven y formado definitivamente en un ambiente artístico peligroso para los imitadores», había obrado.

Efectivamente, ya no hay restos de influencias franckistas, ni citas directas del folklore, sino estilización, «... *una especie de jarabe concentrado, pero completamente mío*», como escribió por entonces Turina con su peculiar gracejo. Él mismo nos pone sobre la pista de la cita textual del garrotín y sobre todo, ¡qué remedio!, de la Marcha Real, pero ciertamente, en situaciones episódicas y no estructurales. Es grotesco que, durante la República, hubiera interpretaciones de la obra donde la Marcha Real se suprimiera o, incluso, se sustituyera ¡por el Himno de Riego! Pero ni aún así la obra quedaba seriamente afectada.

Nadie como el propio autor ha podido describirla con más acierto, pues ya es sabido con qué gracia y precisión manejaba Turina la pluma. La fiesta en Triana y la procesión propiamente dicha, que constituyen los dos números de la obra, enmascaran en realidad un rondó «... *cuyo refrán es la seguidilla con que comienza*».

Como se ha señalado con frecuencia (Sopeña, García del Busto, Morán), **El Rocío** es obra clave en la carrera de Turina, porque le muestra, por vez primera, libre de influencias y volando por sus propias alas. Tuvo, además, mucho éxito, propagado en toda España por las giras de la Sinfónica y Arbós. Ese mismo año del triunfo del sevillano, subía a la escena, primero en Niza y luego en París, la ópera de su amigo gaditano. Surgía así con Turina y Falla, lo que iba a constituirse como alternativa real al arte de Albéniz, ya fallecido, y de Granados, todavía con tres años por delante hasta la catástrofe en el océano. Antonio GALLEGO.

**** Comentario al concierto celebrado en el Patio del Palacio de los Guzmanes, León, 15 de junio de 1999.**

«...El trabajito que me ha costado planear esta obra, sólo Dios lo sabe», así se expresaba el maestro algunos años después del estreno en la revista *Bética* en unas reflexiones sobre la evolución de su estilo y de su forma de ver y sentir.

El Rocío, como a él le gustaba llamarla, es una obra breve que bebe en las esencias mismas de lo popular. Ha abandonado definitivamente las influencias *franckianas* y «*al canto popular ha sucedido una estilización de donde sale una especie de jarabe, pero completamente mío*». Así de rotundo era Turina con esa obrita de 1913 que alcanzaría la gloria universal después de las diferentes transcripciones y arreglos a las que fue sometida en vida del autor y después de su muerte.

Turina achacaba el esfuerzo al que se vio sometido para acabarla a que constaba de dos partes en lugar de tres y por los elementos heterogéneos de que está compuesta. «Pero en fin, mal o bien, todo ello salió formando un gran *rondó*, cuyo refrán es la *seguidilla* con la que comienza, y esta forma de *Rondó*,

que proviene desde los clavecinistas del siglo XVII, pasó sin pena, pero con gloria, hasta Beethoven, que lo reformó completamente. Pues bien, «**La procesión del Rocío** es un *rondó Beethoveniano*. El estreno de la obra tuvo lugar en el teatro Real el 30 de marzo de 1913 por la Sinfónica de Madrid dirigida por el Maestro Arbós. Fue un completo éxito desde el mismo momento de la primera audición. Miguel Ángel NEPOMUCENO.

**** Comentario para el programa del concierto de la Orquesta Sinfónica de RTVE. 11 y 12 de diciembre de 2003.**

Es éste un programa que presenta unas conexiones internas mucho más fuertes de lo que a primera vista parece, ya que cada una de las cuatro partituras que lo conforman mantiene vínculos diferentes con la música popular, ya sean imaginarios o reales, lejanos o cercanos. En el caso de Turina se da un curioso paralelismo con la obra de Ravel que cierra este concierto, no solo por el hecho de tratarse de la primera composición para orquesta de ambos, sino por el tratamiento del material musical andaluz, aunque las concomitancias acaban ahí porque el estilo del sevillano es inconfundible, su concepto del tratamiento del folclore se funde con una técnica clara y brillante de su tierra.

La *Procesión del Rocío*, opus, 9, fechada en 1912, es un poema descriptivo en dos partes, *Triana en fiestas* y *La procesión*. Turina, que se refería coloquialmente a esa obra como “El Rocío”, consideraba que en ella había superado definitivamente las influencias escolásticas recibidas en la *Schola Cantorum* y, al mismo tiempo, el nacionalismo férreo y estricto en sus primeros trabajos. Sus palabras son elocuentes: “Al canto popular, cogido íntegramente, como es el caso de ‘Sevilla’, ha sucedido una estilización de donde sale una especie de jarabe concertado pero completamente mío”. Y ciertamente, seguidillas y soleares son el único dato folclórico que se puede rastrear en estos pentagramas, que vienen prologados en la partitura con un comentario explicativo, a modo de guión argumental de la obra, una práctica muy común en la época, en el afán de ayudar a la comprensión del fondo programático de la música.

Pero el oyente no necesita leer esta nota explicativa para adivinar el curso de la narración sonora de esta tradicional manifestación popular. El autor advirtió que “todo ello salió formando un gran *rondó*, cuyo refrán es la *seguidilla* con que comienza”. Y, efectivamente, la viola entona el tema de soleares y un garrotín que nos anuncia la aparición de un borracho. Flauta y caja asumen el papel popular de dulzaina y tamboril, cuyos sonos preceden la llegada del cortejo procesional, sugerido inicialmente por violonchelos. La sucesiva adición y reexposición de elementos temáticos conduce a un clímax sonoro que concluye con la

inesperada aparición de la Marcha Real, curioso colofón de una obra que se aseguró el éxito inmediato tras su estreno por Enrique Fernández Arbós, a quien está dedicada. José Manuel BEREÁ.